



Viajes de Pietro della Valle

“el peregrino”

(1586 – 1652)

Cartas escritas a su amigo Mario Schipano durante los 12 años (1614 a 1626) de su viaje por Próximo Oriente e India.

TOMO II – LA PERSIA. Primera parte: Isfahán, Ferhabad y Cazvín.
3ª Carta desde Isfahán, a 18 de diciembre de 1617.

II.21.15 – “Della Valle, Schipano y el Barón de Sansy”

Edición y traducción: Esmeralda de Luis y Martínez

esmeralda.deluis@cedcs.eu

Colección: Clásicos Mínimos. Viajeros por Oriente.

Fecha de Publicación: 5-09-2025

Número de páginas: 9

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la **Fundación CEDCS: Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org

info@cedcs.eu

Descripción

Resumen:

Traducción al español de la correspondencia que el noble romano Pietro della Valle mantuvo con su amigo el doctor Mario Schipano, narrándole el periplo que durante doce años -desde 1614 a 1626- realizó por Oriente: Constantinopla, Egipto, Tierra Santa, Arabia, Persia e India.

Palabras Clave

Viajes a Oriente, correspondencia de Pietro della Valle, siglo XVII primera mitad, antropología, Turquía, Constantinopla, Egipto, Tierra Santa, Arabia, Babilonia, Persia, India.

Personajes

Pietro della Valle, Ma'ani Gioerida, Mario Schipano.

Ficha técnica y cronológica

- **Tipo de Fuente:** libros impresos.
- **Procedencia:** volúmenes digitalizados por <http://books.google.com> de la Biblioteca del Observatorio de Marina de San Fernando.
- **Sección / Legajo:** Ref. de la Biblioteca del OMSF: vol. 1, tomo I: n.º 04818; vol. 2, tomo II: n.º 04819; vol. 3, tomo II bis.: n.º 04820; vol. 4, tomo III: n.º: 04821
- **Tipo y estado:** Correspondencia recogida en los IV tomos del “Viaggi di Pietro della Valle, il Pellegrino” durante los años 1614 a 1626.
- **Época y zona geográfica:** Principios del siglo XVII. Mediterráneo, Próximo y Lejano Oriente.
- **Localización y fecha:** Roma, Nápoles, Venecia, Turquía, Egipto, Tierra Santa, Persia, India (Correspondencia escrita por DELLA VALLE y enviada a Mario Schipano durante los años 1614 a 1626).
- **Autor de la Fuente:** Pietro della Valle (Roma, 1586 - Roma, 1652).
- **Edición y traducción al castellano:** Esmeralda de Luis y Martínez para www.archivodelafrontera.com

VIAJES DE PIETRO DELLA VALLE

“El peregrino”

- Tomo II -

CARTA VIGÉSIMO PRIMERA – 3ª parte desde

ISFAHÁN - PERSIA

a 18 de diciembre de 1617



II.21.15

“Della Valle, Schipano y el Barón de Sansy”



Entrada solemne del nuevo Baylo (el embajador veneciano en Constantinopla) y su séquito, y su marcha desde Gálata hasta Pera, donde se encontraba la embajada veneciana. Autor sin especificar, finales del siglo XVII y principios del XVIII. Propiedad del Museo Correr, Venecia.

TOMO II – LA PERSIA. Segunda parte: Isfahán, Ferhabad y Cazvín.

II.21.15 – “Della Valle, Schipano y el Barón de Sansy”

En realidad, las mujeres solo se cubren el rostro por una cuestión de honorabilidad.

El texto anterior —II.21.14— acababa de este modo: “...Volviendo ahora al punto del que me había alejado un poco: vos estaréis de acuerdo conmigo en que, por las cosas que os he contado anteriormente, la costumbre de las Orientales y de todas las mujeres de cualquier nación y religión que se cubran el rostro, no se debe a un carácter pudoroso y melancólico, como se imagina la gente mal informada, sino a un ceremonial extravagante que ellas siguen religiosamente.

El Señor Della Valle pierde la esperanza de volver a Constantinopla.

El II.21.15 continúa así: “Solo me queda responder a esa otra parte de vuestra carta en la que me decíais que ya habíais terminado esa bella prosopopeya sobre Tito Livio, con una epístola dedicatoria, y encargado su copia a alguien para enviársela al Señor Barón de Sansy, Embajador de Francia en Constantinopla. Esta nueva me ha colmado de alegría y os doy mi palabra de que no será menor la del señor Embajador, pues es una de las personas de este mundo que mejor sabe apreciar todo lo bueno y hermoso. Creo entender que vuestra excelente obra ya está en Constantinopla, y posiblemente yo bien pudiera recibir una copia de allí en el próximo Correo, o al menos, en el segundo o en el tercero. La espero, como podéis suponer, con impaciencia. Nunca he hablado de vos ni de vuestras extraordinarias prendas al Señor Embajador porque, si no recuerdo mal, nunca habíais demostrado demasiado interés en entablar amistad con este valeroso gentilhomme hasta después de mi partida de Constantinopla. Yo siempre he deseado mediar para que floreciera entre ambos un hermoso lazo de aprecio; pero espero hacerlo en persona. De todos modos, y aprovechando esta ocasión, le escribiré elogiándoos lo mejor posible. Aunque os doy mi palabra de que no he puesto demasiadas esperanzas en verle de nuevo, al menos en Constantinopla, sin exponerme al peligro de que me encierren preso en las torres del Mar Negro, como sucedió a aquel gentilhomme polaco, que al final murió sin haber conseguido encontrar una forma de escapar de allí. No obstante, si regreso a Roma, tal vez me lo vuelva a encontrar, pues bien podría suceder que, finalizada su etapa como embajador en Constantinopla, el Rey de Francia le destinara a la cancillería de Roma, como hizo con el Señor de Breves, aunque aquí no pudiera quedarse más de tres años. Pero ésta es una presunción bastante incierta, sobre la que nada se puede aventurar tan pronto; de todas maneras, no soy de la opinión de esperar tanto tiempo.

El Señor Embajador y yo estamos en contacto por carta con bastante frecuencia, y en la última que he recibido de su parte y que llegó al tiempo que la vuestra, se quejaba de mi silencio para con él, y de que yo hubiera dejado

El Señor Della Valle promete a su amigo Embajador hablándole en su favor.

de escribirle desde hacía algún tiempo. Así que voy a darle satisfacción, pero vos debéis aseguráros de que el Correo no parta sin mandaros vuestro “Elogio” de mi parte, y, aunque no me quepa duda de que la estima que yo tengo hacia vos me podrá inspirar, ésta siempre sonará a poco ante vuestras bellas y eruditas obras que hablarán por sí mismas, y os aseguro que este joven Señor os dará todas las muestras y reconocimiento de las que sea capaz. Mucho tiempo me llevaría contaros con qué atenciones y diligencia me presta unos servicios muy especiales y extraordinarios en todas partes, por muy lejos que nos encontremos, allá adonde mi curiosidad me lleve; con cuánta ternura y afecto me escribe... En fin, que es un gentilhombre de extraordinarias cualidades. En verdad que se encuentran pocos como él. Lo comparo al Señor Francesco Crescentio, y a mi parecer no hay nadie que los iguale ni se les parezca. Mas debo advertiros de algo, para que si os sucede no os extrañéis de ello, ni achaquéis al Señor Barón de Sansy de mostrarse indiferente con vos. Sabed que es muy reservado en lo que respecta a todas las cartas provenientes de Nápoles y de otros lugares dependientes del Reino de España, por temor, como podéis imaginaros, de que su Señor, el Rey de Francia, no fuera a desconfiar de él o hacerle sospechoso de algún espionaje contra sus intereses. Y es que durante el tiempo en que estuve con él en Constantinopla, tuvo que resolver dos notables casos.

Alaba las virtudes del Señor Embajador.

El primero fue el del Señor Zamèt, que vos debéis conocer. Un día este hombre le escribió desde Nápoles, rogándole que mediara para conseguir la libertad de un esclavo y que lo comprara; pero hete aquí que el Señor Zamèt no envió esa carta por el correo ordinario de Roma, y dentro de la valija diplomática del Embajador de Francia, sino que se la mandó por medio del Secretario de Venecia, residente en Nápoles, creyendo, posiblemente por estar mal informado, que en un lugar tan alejado como Constantinopla, las cartas no podrían llegar hasta allí con total seguridad más que a través de las intrigas de los venecianos, que mantienen con esas tierras numerosa correspondencia. El [Baylo](#) de Venecia, residente en Constantinopla, al que le habían recomendado dicha carta, se la llevó en persona al Señor Embajador de Francia, solicitándole en muchas ocasiones una respuesta a la misma, y alegando que él conocía muy bien su procedencia. Pues bien, el Señor Embajador, a pesar de que todos esos comentarios y urgencias pudieran arrojar alguna sospecha sobre él, satisfizo la petición que obraba en la misiva del Señor Zamèt, comprando el esclavo, que pagó de su propio bolsillo, pero jamás respondió a esa carta, ni quiso escribir al Señor Zamèt, y menos aún solicitarle que le reembolsara la plata gastada por ese rescate. Es más, la respuesta que dio constantemente el Señor Embajador de Francia al Baylo de Venecia ante su instancia, fue que él nunca escribía ni quería recibir correspondencia alguna de Nápoles ni de los países dependientes del Rey de

Della Valle alaba la buena política que practica del Señor Barón de Sansy.

España; y ello a pesar de que, en Turquía, conforme a las instrucciones recibidas de su Rey, él no dudaba en usar de su influencia a favor de los españoles y de los súbditos de esa Corona.

*Prudente
conducta del
Señor
Embajador,
aprobada por
Francia.*

En otra ocasión, fue el Duque de Osuna el que le escribió desde Sicilia, creo que, para gestionar el rescate de unos esclavos, o algún asunto de índole similar. El Embajador, de entrada, se puso a su disposición e hizo todo cuanto estuvo en su mano para atenderle; pero jamás le respondió al Duque. En su lugar, lo que hizo fue enviar a Francia esa misma carta que le había escrito el Duque, dando así cuenta a la Corte de su conducta en esta ocasión, e informando de la manera en que se había comportado con respecto a este asunto; lo que fue muy bien recibido por la Corte, que le hizo saber su aprobación.

*El Señor della
Valle da
instrucciones a
su amigo.*

Todo esto os le he contado a propósito de que, si deseáis escribir al Señor Embajador desde Nápoles, deberéis enviar vuestras cartas desde Roma, con orden de que las hagan llegar a Constantinopla dentro de la valija diplomática del Señor Embajador de Francia, residente en Roma; porque, al llegar a su destino, y venir de parte de los Agentes de su Soberano, y sobre todo desde Roma, mejor que desde algún otro sitio, esa correspondencia le resultará muy grata y segura al Señor Barón de Sansy. Pero, si por casualidad, habéis elegido otra vía, y el Señor Embajador no os ha respondido, os ruego que no os extrañéis, pues ahora entenderíais el motivo de su silencio. No obstante, tenéis mi palabra de que, aunque él no os contestara, siempre os tendrá en cuenta, aunque sea en secreto; os honrará y estimará tanto como vos merecéis, y más de lo que jamás habríais podido imaginar.

Me olvidaba de lo mejor. Estoy seguro e infinitamente agradecido a nuestro Señor Doctor por sus loables y virtuosas ocupaciones y por ese discurso-elogio de mis “Viajes”, pero no querría que se dejara llevar por su elocuencia y el placer de las arengas *pro rostris* en la plaza Pulciana, la noche de Navidad, con un discurso profesoral, *retórico*, como dice uno de nuestros europeos, que está aquí en Isfahán con nosotros, deseoso de subir al Parnaso, del que es, al menos, protector invencible según piensa todo el mundo, además de ser un perfecto Cortesano, dando una buena patada a las pobres Musas. No, no, por favor, que solo se ocupe de hacer algunos versos, pues el resto no son más que bagatelas.

Y hablando de las Musas, debo confesaros algo que no os comenté en mi carta precedente. Durante el viaje que hice el año pasado desde Bagdad hasta aquí; bien porque estuviera obnubilado con mi reciente pasión por la bella Señora Ma’ani, o por la soledad del camino, y porque en esos momentos la imaginación se exalta y se desboca en esos yermos páramos, me vi muy

El Señor Pietro della Valle está embelesado por la belleza de la Señora Ma'ani.

seriamente poseído por tal vena poética, que será suficiente con que os diga que en un solo día recuerdo haber escrito siete sonetos, y otras estrofas; tres o cuatro al día. Como los pensamientos que en aquel momento me tenían ocupado eran muy diferentes a los que ahora acucian a mi espíritu; yo me esforzaba entonces en dar forma a algún tipo de elogio para mi Señora Ma'ani, haciéndole una guirnalda, o una corona de treintaiséis sonetos, al modo de la del joyel que Baco puso sobre la cabeza de su esposa Ariadna para eternizar así la memoria de su amor, y que luego él, cambiando las piedras preciosas por brillantes estrellas, colocó en el cielo. Porque la corona que regaló Baco a su Señora estaba compuesta, según unos, por doce piedras preciosas, o según otros, con más fundamento, solo por nueve estrellas. Esa es la razón por la que yo he escogido el número de treintaiséis para mis Sonetos, a fin de que, si la corona de Baco era de nueve, la mía sea cuatro veces más grande, o al menos tres veces, si la suya era de doce.

Ha hecho una corona de 36 sonetos de alabanzas, al estilo de la de "Ariadna".

Eso es lo que he tratado de mostrar en un emblema que querría añadir, y cuyo cuerpo fuera justamente una corona de laurel, de tres o cuatro ramas entrelazadas, provistas de treintaiséis hojas que representarían los sonetos, portando esta divisa *Quavis Pretiosior Aurea*, es decir, "mucho más preciosa que si fuera de oro"; de ese modo querría dar a entender que mi guirnalda de laurel, sería más rica y preciosa que cualquier otra corona de oro o pedrería, que uno se pudiera imaginar, y que otros querrían usar para ornamento de una gloriosa testa. Y así como la corona de Ariadna fue conocida como *Corona Gnosia* para indicar Baco con ese presente el amor que sentía por ella; yo también querría que la que yo he colocado en mis Sonetos, los que pretendo dar y consagrar a la Señora Ma'ani, mi esposa, lleven el nombre de su apellido, *Gioeridia*. En esa *Corona Gioeridia* desearía no solo describir nuestros amores, sino también añadir y entrelazar los viajes que hemos hecho juntos, con las mil curiosidades que habríamos observado en el camino hasta volver a Italia, adonde yo creía que iba a regresar pronto, presuponiendo que una vez llegado allí, compondría mis poemas, y los daría mejor forma. Pensando en esto, ya había preparado el soneto que serviría de frontispicio al libro, igual que se suele hacer en todos los libros de música: a saber, el primero en orden en cuanto a la escritura, pero el último, en cuanto al contenido, y al momento de su creación que yo le daba, como si éste último lo hubiera compuesto a mi regreso a la casa paterna; pero "el hombre propone y Dios dispone".

Las Musas acariciaron al Sr. Della Valle durante su viaje de Babilonia a Persia.

Con esta idea, durante mi viaje, escribí unos treinta sonetos que iba rumiando a lo largo del día, y murmurando continuamente sin que las nieves que atravesábamos me lo impidieran, y en esos sonetos la vena creadora corría con tanto ímpetu que yo mismo me extrañaba, como si me sucediese algo raro, pues jamás me puse antes a versificar, aparte de los poemillas que hice a los 13 o 14 años, cuando el Señor Scipione Caetano, mi primo, de gozosa

memoria, me enseñara los primeros pasos en el camino que conduce a *Helicon*, pero que, a decir verdad, mis versos eran más parecidos a los de la *Chiarabottana*, e incluso peores. En fin, que la Musa me poseyó durante todo el recorrido de Babilonia y Persia; a la par que mi inspiración, aunque sin la virtuositas de la de [Cesar Caporali](#).

No obstante, debo manifestaros que jamás se me ha ocurrido la idea de hacer imprimir esos sonetos, pues bien conozco el valor de estos versos míos; sino más bien de recitarlos a nuestros Académicos de Posillipo y Nisida, y divertirme con mis amigos coronado de coles y rabanillos. Pero, cuando llegué a Isfahán, atrapado por otros pensamientos más importantes, descuidé a mis Musas, y sus favores ya no los he podido recuperar. Bien es cierto que no me he vuelto a esforzar demasiado, porque pasados los primeros días de nuestro matrimonio, me percaté de que componer cualquier loa a una mujer, hoy en día se vería ridícula —aunque mi queridísimo Rota lo haya hecho con creces, sin importarle el qué dirán—; eso sin contar que las relaciones de mis viajes han cambiado de tal forma entre mis manos, que el primer proyecto que pretendía llevar a cabo ha desaparecido por completo.

*El Señor della
Valle envía sus
poemas al Señor
Schipano.*

De todos modos, os envío en este paquete una copia de los sonetos que hice, sin revisarlos ni corregirlos, simplemente esbozados, para que me hagáis el favor de mostrárselos al Señor Doctor, y así sabrá que cuando quiero, aún soy capaz de hacer algunas cosas...”



Próxima entrega

CARTA XXI DESDE ISFAHÁN

II.21.16

“De los sonetos de amor de Della Valle”

